

*Sociabilidad en Buenos Aires: Hombres, honor y cafés 1862-1910*; de Sandra Gayol, Buenos Aires, Ed. del Signo, 2000.

María Luisa Mújica

El libro de Sandra Gayol es sin duda un libro pionero en la historiografía argentina, puesto que constituye un aporte singular en el campo de la historia social, de las sensibilidades y las costumbres sociales, de allí entonces que su publicación resulta sumamente saludable. Nacido de una tesis doctoral presentada en 1996 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, ilumina aspectos y problemas hasta hoy no abordados por los científicos sociales de nuestro país. El texto constituye una especie de poliedro de inteligibilidad, puesto que utiliza los cafés y despachos de bebidas, espacios a los que caracteriza como de sociabilidad, como un pretexto para hablar de un conjunto de problemas y cuestiones que tienen que ver con el honor, con la masculinidad, con valores imperantes entre fines del siglo XIX y principios del XX y con pericia trata de devolver a estas categorías la carga simbólica que reunían por entonces. La preocupación de la autora no está precisamente centrada en analizar la historia y funcionamiento de los cafés sino, por el contrario, apunta a reconstruir un complejo entramado de relaciones sociales que allí se desarrollaban aunque demuestra que los cafés –en cualquiera de sus variantes– no constituían la única alternativa para que la gente se pusiera en contacto. Estudio microanalítico que da cuenta de un trabajo de investigación serio y minucioso.

El problema central que aborda la autora es precisamente el de la construcción de sociabilidades en Buenos Aires entre 1862 y 1910, el que va siendo desagregado en los distintos capítulos del libro. En la apertura del texto presenta a Buenos Aires en el período ya indi-

cado, los actores, los lugares de sociabilidad, las principales transformaciones sociales que va sufriendo la ciudad a partir del '80, la emergencia de nuevos problemas y discursividades puestas en circulación en la época. En segundo lugar, analiza algunos espacios de sociabilidad –como cafés, despachos de bebidas y sus diferentes variantes– y el tipo de relaciones que allí se anudaban: repentinas, fugaces. Ahonda en la dinámica interna de estos espacios multifuncionales ya que algunos hacían también de posadas, otros se resumían en la trilogía almacén-despachofonda, otros incluían recintos especiales para algunos juegos –ya fuera de cartas, canchas de bochas o billar–, otros incorporaban los bailes o conciertos en determinadas oportunidades. Desagregando aún más este punto surgen los actores sociales: los propietarios o regentes, los dependientes y los clientes y la compleja articulación de relaciones que entre ellos se generaba.

Eran espacios esencialmente masculinos aunque Gayol no deja de señalar el papel que desempeñaban allí las mujeres (lavaderas, cocineras, sirvientas, etc.) y el tipo de calificación que recibían, pues sobre ellas recaía la permanente sospecha de que esas profesiones no constituían en realidad más que una pantalla que permitía encubrir el verdadero motivo de la estancia en el lugar, esto era el ejercicio clandestino de la prostitución, preocupación por cierto muy difícil de poder comprobarse a través de las fuentes. La autora desmenuza estrategias e itinerarios individuales de los actores sociales, la confluencia de vínculos que se establecían, por ejemplo, entre patrón y depen-

diente, a partir que los cafés eran al mismo tiempo lugares de trabajo y domicilios, y las dificultades para poner límites en espacios en que los problemas privados e íntimos se entrecruzaban con el respeto a determinados códigos culturales. Así, desconfianza, recelo, sospecha, traición eran algunos de los elementos que se ponían en juego a partir de la misma convivencia e introducían en un terreno importante: el del honor, que estaba directamente vinculado con la construcción de la respetabilidad.

En el capítulo III recorre las reglamentaciones que aludían a una preocupación muy fuerte en la época: el orden público –problemática muy vasta por cierto– que le permite rastrear prácticas específicas de los cafés, como el consumo de alcohol y sus posibles derivaciones, la ebriedad, el desorden, el escándalo, asociado este último a veces también con la prostitución, como señalaban los documentos de la época. Prohibiciones y reglamentaciones que intentaban modelar conductas colectivas y acotar ciertos hábitos, como los horarios de frecuentación, la permisión de algunos juegos, la presencia de menores en los recintos, etc.. Determinadas imágenes acerca de los cafés poblaban los discursos policiales y de la prensa de la época: antros de ebriedad, espacios de lujuria, promiscuidad y pérdida.

Analiza también otro tipo de espacios de sociabilidad como los parques, los paseos al aire libre, los jardines zoológicos, las plazas, los teatros y el carnaval, los que se inscribían dentro del interés que tenía el Estado por crear bienes culturales o –como en el caso del teatro– apropiarse de ciertos bienes

culturales de fuerte arraigo social. Estos lugares eran presentados en los discursos epocales como la contracara de los cafés en los que reinaba el desorden, el despilfarro y la inmoralidad.

La sociabilidad en la calle merece otro capítulo, la calle se constituía en lugar de tránsito, de búsqueda, de trabajo, de espera; sitio para ver y ser visto, allí también se gestaban contactos furtivos, pero permitía ampliar el círculo de relaciones en una ciudad esencialmente cosmopolita como era Buenos Aires por entonces. La calle se constituía en un gran escenario en el que para unos transcurría la vida, para otros, representaba su ámbito de trabajo o era un mero espacio por el que se debía atravesar, servía para dirimir conflictos, o bien para pasear; espacio incitador de los sentidos invitaba al placer o a la rebelión, permitía nuevas formas de interacción.

En la calle se generaba un tipo de sociabilidad condicionada por ciertos indicios como la ropa –que emanaba determinada dignidad–, las formas de vincularse, los gestos que ponían en juego variables como el honor o la respetabilidad. Estos signos exigían un ejercicio de decodificación especial –dispositivo en el cual la mirada jugaba un rol muy importante– de parte de aquellos que se ponían en contacto. La indumentaria era un disparador inmediato que permitía ordenar –arbitrariamente por cierto– a la gente y era el generador del vínculo iniciático. Examinación de la ropa, invitación al diálogo y a tomar una copa, ofrecimiento de amistad, plasmaban ciertas formas de esa sociabilidad efímera que se desataba por

entonces y que podía o no producir nuevos encuentros y no exigía ni develar la identidad ni el lugar de residencia de los sujetos que se contactaban.

Posteriormente analiza tanto la población que asistía al café, espacio esencialmente masculino que atraía por cierto a todos los sectores sociales y a los distintos grupos etarios de población, como las distintas marcas de reconocimiento social. En los cafés se exhibían determinados valores masculinos asociados con la virilidad, la fuerza física, la astucia, la mujer como tema central de conversación, la habilidad con la voz o la guitarra, la invitación a beber, los modos de jugar a las cartas o la capacidad para afrontar el gasto, eran elementos dadores de prestigio y aceptación social. El tema del alcohol, por ejemplo, estaba directamente relacionado con el honor, el beber implicaba un desafío que tenía que ver tanto con la resistencia como con saber comportarse, permitía precisamente medir el vigor y la fortaleza masculina, puesto que alcoholizarse era sinónimo de degradarse.

Por último, Gayol se sumerge a decodificar el problema del honor, valor que hablaba de comportamientos y conductas de los sujetos aunque también fue una idea moral, una cualidad y una virtud esgrimida para posicionarse mejor en la sociedad. La honra se exhibía, se mostraba y se defendía; concebida como fuente de prestigio podía dinamizar la promoción de determinados actores sociales y suponía la aceptación de ciertos códigos. Con el tiempo desde el Estado se trató de

resignificar el concepto apareciendo vinculado más bien con la virtud, el respeto a la ley y al orden en general, como un derecho de todos y una obligación.

El libro complejiza el análisis de construcción de identidades y la dinámica de las relaciones, puesto que incorpora distintas experiencias de sociabilidad basadas en indicios visuales, en encuentros fugaces y en ciertos valores socialmente prestigiosos; precisamente ahonda en una problemática no trabajada hasta ahora, mirada que permite combinarse con los estudios más clásicos sobre estas cuestiones. Cierra el texto con un párrafo dedicado a la metodología utilizada que incluye una descripción de ciertas fuentes usadas, los aportes y las limitaciones que éstas imponen y el tipo de fichas informáticas construidas a partir de los campos de interés elegidos por la autora.

Ya hemos indicado que se trata de un trabajo de investigación sumamente erudito, la profusión de los datos empíricos, los casos analizados, el empeño puesto en seguirlos en el tiempo cuando era factible hacerlo, la configuración de fichas por acusado, el tipo de fuentes usadas, la lectura atenta y crítica de las fuentes y el material teórico, y la originalidad de la problemática abordada, produce un resultado francamente interesante y novedoso. No puede dejar de destacarse la utilización de un marco conceptual que nace de un cruce entre diversas disciplinas, pertinentemente utilizado con la elasticidad requerida de acuerdo con la información recogida.